

ENERGÍA HUMANA E INDUSTRIALIZACIÓN EN LA CHINA COMUNISTA

ALEXANDER ECKSTEIN,
de la Universidad de Rochester

CUANDO SE contempla el desarrollo económico de China después de diez años de dominio comunista, sobresale, como uno de los hechos más importantes, el alcance y el ritmo de la transformación agraria, pues fue más lejos, y a mayor prisa, que en la Unión Soviética; a pesar de ello, no trajo consigo un grado igual de violencia y de desbarajuste. Estas diferencias en la forma de colectivización tienen consecuencias de mucho alcance en toda la evolución económica de China en relación con la de Rusia. Afectan a diversas variables económicas, muy en particular la relación entre los movimientos de la energía humana y la industrialización. Me propongo destacar esas variaciones y delinear sus consecuencias.

Uno de los propósitos centrales de la colectivización en la Rusia Soviética, como en otras partes, fue hacer institucional una tasa elevada de ahorro en la economía. Sin embargo, la colectivización condujo a cosechas marcadamente reducidas y a una disminución todavía mayor del número de cabezas de ganado y de su reproducción. Por tanto, hubo que imponerse una tasa elevada de ahorro a un producto y un ingreso agrícolas reducidos. Esto, a su vez, no sólo redujo el bienestar rural, sino que socavó los estímulos del campesino, aun del colectivizado, y así se hizo muy difícil la recuperación agrícola. Al mismo tiempo, tuvo que desviarse capital para reemplazar los animales de tiro que desaparecieron en este proceso. Mientras más impedimentos encontraba esa recuperación, tanto mayor fue la presión sobre la agricultura.

La colectivización, además de hacer institucional una tasa alta de ahorro y de contar con un mecanismo efectivo de

control de los abastecimientos agrícolas, pretendía crear una oferta fácil de mano de obra para una industria que crecía con rapidez. Sin embargo, la menor producción agrícola tuvo un efecto negativo en los salarios reales y en la productividad del trabajo industrial. El gran aflujo de trabajadores no calificados procedentes del campo subrayó, por supuesto, la menor productividad del obrero industrial. Al mismo tiempo, esta misma baja de la productividad exigía una expansión aún mayor de la fuerza de trabajo industrial, si quería mantenerse el ritmo de crecimiento industrial.

En China se observa un cuadro diferente. La producción agrícola y ganadera siguió creciendo durante la época de la colectivización, aun cuando pueden observarse notables fluctuaciones en torno a una nueva tendencia, fluctuaciones que reflejan las variaciones en las condiciones de las cosechas. Al mismo tiempo, por imperfectas que sean las pruebas, sugieren de manera firme una tendencia ascendente en los salarios reales y en la productividad de los trabajadores, con la consecuencia de que pudo confiarse en una productividad mayor como medio de acelerar el crecimiento industrial. A la inversa, en China se alcanzaron tasas de expansión industrial burdamente equivalente a las de la Unión Soviética durante el primer plan quinquenal, con un ritmo de crecimiento relativamente menor de la magnitud de la fuerza de trabajo industrial.

Con estos antecedentes, aun cuando la población urbana crece con mucha rapidez en China, aumentó menos que en la Unión Soviética de 1928 a 1932. Esto significa que mientras la presión de la población rural declinaba en Rusia, en China se eleva. Más aún, sugiere que los chinos podrán desentenderse de invertir en viviendas urbanas y otros servicios generales con una impunidad todavía mayor de la que pudieron tener los soviéticos.

ANTES DE intentar fundar estas aseveraciones, debe explorarse brevemente a qué se debió la menor violencia de la transformación agraria china. Es posible que el origen de esa diferencia se encuentre en la relación diversa entre los campesinos

y el régimen en los países. En ambos, la nueva distribución de la tierra fue el primer capítulo en la agenda de la reforma agraria; pero mientras en la Unión Soviética, además de seguir inmediatamente a la revolución de octubre, fue una "reforma" que venía de abajo, en el caso de China procedió de arriba, razón por la cual se preparó y planeó con cuidado. Además, los comunistas chinos llegaron al poder después de una dilatada guerra civil, en tanto que ésta siguió a la revolución en Rusia. De esta manera, mientras los chinos pudieron llevar a efecto el programa de su reforma agraria sin tropiezos y en forma sistemática, los bolcheviques padecieron durante el "comunismo militante" la plaga de muy graves problemas de abastecimiento, razón por la cual se vieron obligados a confiscar por la fuerza los granos y otros productos agrícolas. Esto condujo a que los campesinos malquisieran al régimen casi desde un principio, y, al mismo tiempo, resultó contraproducente desde el punto de vista del abastecimiento, porque creó una atmósfera en que los campesinos, antes que entregarlos a las autoridades, escondían los granos, los daban como forraje a sus bestias o los consumían ellos mismos. Más todavía, sólo sembraron lo indispensable para sus propias necesidades.

El régimen soviético, ante esta situación, creyó necesario hacer una retirada táctica y crear la Nueva Política Económica. Uno de sus rasgos esenciales fue confiar considerablemente en los incentivos de mercado para ampliar y hacerse de la porción vendible; pero esto produjo inevitablemente el fortalecimiento económico y político de los kulaks. Lenin lo admitió explícitamente cuando dijo: "no debemos cerrar los ojos ante el hecho de que la sustitución de la requisición por el impuesto en especie significa que el elemento kulak crecerá dentro de este sistema más que antes, y crecerá donde antes no pudo crecer".¹ En este ambiente, la "crisis de las tijeras" de la segunda década fue apenas un reflejo del dilema al que se enfrentó el régimen soviético durante la época de la NEP. Se comprometió a confiar en los incentivos de mercado, pero resistiéndose a reducir el ahorro y las inversiones. La colectivización iba a indicar la solución de este dilema.

Sin embargo, dado el poder de los kulaks, esta conducta estaba destinada a encontrar una obstinada resistencia, de manera que si el proceso había de ser consumado con prontitud, por fuerza tenía que acudirse a medios violentos.

La reforma agraria china, al contrario, fue tan lejana, que apenas si quedaron unos cuantos "campesinos ricos". Al mismo tiempo, como la campaña de colectivización se puso en marcha en cuanto se concluyó el programa de redistribución de la tierra, los comunistas chinos pudieron llegar a las etapas más avanzadas de su programa agrario antes de que los antiguos y los nuevos propietarios-operados pudieran consolidar su situación económica, ampliar sus posesiones de tierras por medio de compras o alquiler, y acumular riquezas. De esta manera, la posibilidad de que naciera una clase de "campesinos ricos" o kulaks, se cortó de raíz; así disminuyó el incentivo y la fuerza para resistir la colectivización. Reforzó esta situación el haberse acudido a una combinación de persuasión, incentivos económicos, contra-estímulos y propaganda intensa, más que a la violencia directa.

PARA HACER esas comparaciones, importa ponderar la confianza y la comparabilidad de los datos soviéticos y chinos. Tanto *a priori*, como basándose en una observación empírica, se puede postular que en un país cualquiera la calidad y el alcance del servicio estadístico guardan una correlación decidida con el grado de su desarrollo económico, la eficacia de la organización oficial y la medida en que el gobierno participa en la economía. La experiencia china ciertamente corrobora esa generalización. En este caso, el problema de la información y de la propiedad estadísticas se ha complicado mucho porque, desde la caída de la dinastía manchú, en 1911, hasta el advenimiento del régimen comunista en 1949, ninguna autoridad central había sido capaz de ejercer un dominio completo y efectivo sobre todas las provincias de la China continental. De ahí que hayan sido particularmente inadecuadas las estadísticas anteriores al régimen comunista.

No hay duda de que el advenimiento de este régimen ha mejorado notablemente la eficiencia de la organización es-

tadística y la recopilación de datos, si bien sobra decir que esta tarea no puede efectuarse de la noche a la mañana. Existen muchos indicios de que las estadísticas chinas principiaron por ser confusas y patentemente incongruentes. Al parecer, como no habían contado con el tiempo necesario para reunir sistemáticamente nueva información, siguieron utilizando datos anteriores a la guerra. Esto fue lo que ocurrió, por ejemplo, respecto a la población y la superficie dedicadas a los cultivos alimenticios. Pero la situación cambió de manera perceptible al crearse, al final de 1952, una oficina nacional de estadística. Los preparativos del primer plan quinquenal y el recuento demográfico hecho a mediados de 1953 aceleraron e l progreso. También contribuyó a él una gradual estandarización, en escala nacional, de los procedimientos de contabilidad en las empresas oficiales, en los organismos oficiales y en la administración fiscal. Muchas de las discrepancias en las estadísticas comunistas chinas son, paradójicamente, resultado de este cambio en la calidad de los datos.

En efecto, la historia económica de la China comunista puede dividirse en cuatro períodos desde el punto de vista de la propiedad y confianza estadísticas. Durante los tres primeros, o sea de 1949 a 1951, de 1952 a 1954 y de 1955 a 1957, vemos una marcada mejoría. Cada período sucesivo se caracteriza por un alcance mayor y por métodos mejores, hasta llegar a la información de 1955-57, relativamente la de mayor confianza. La publicada en 1958, sin embargo, representa un retroceso: las estadísticas no han alcanzado hasta ahora a muchas áreas de la actividad económica. La regla general es que sean mejores las relativas a sectores a los que se concede una gran prelación, que las de segmentos considerados secundarios. Semejantemente, la información estadística de las actividades que caen dentro del plan estatal pueden considerarse mejores que las ajenas a él. Esto significa, por ejemplo, que la información del sector público es más digna de confianza que la del sector privado; dentro de éste, hay mejor y más abundante información sobre las empresas modernas en gran escala que acerca de las llamadas de "economía individual",

o sean las granjas de campesinos y establecimientos pequeños de artesanías. Sin embargo, cualquiera que sea el sector, el dato de valor conjunto tiende a ser menos digno de confianza y más difícil de comprobar que las series muy disgregadas de producción física.

En los informes estadísticos de la China comunista se puede advertir una correlación positiva entre la calidad del dato y el grado de simulación estadística. Por tanto, parece que se representan más clara e inequívocamente los datos que les merecen más confianza. A la inversa, a una incongruencia y un obscurantismo marcados, suelen corresponder los tanteos estadísticos de los propios órganos de estadística y de planeación.

Aun cuando no hay duda de que la organización y la información estadísticas han mejorado desde el advenimiento del régimen comunista, tenemos que enfrentarnos a normas mucho más tirantes de ocultación, a las que se mezclan esfuerzos sistemáticos de simulación estadística. La situación que se presenta al investigador que analiza los adelantos económicos de la China comunista desde ese punto de vista, es más compleja y difícil que la del especialista en la Rusia soviética. No sólo eran más completas y ciertas las estadísticas rusas anteriores a la Primera guerra mundial, sino que en las dos primeras décadas de gobierno soviético mejoraron y se ampliaron mucho. La corriente comenzó a secarse en la parte final de la tercera década, tendencia que se acentuó particularmente durante la Segunda guerra mundial y después de ella. Por su parte, los comunistas chinos adoptaron desde luego la reserva estadística soviética de la época posterior a la Segunda guerra y no a la Primera. A pesar de ello, en 1955 comenzaron a verse en la China comunista indicios definidos de una política editorial más tolerante.

Todo esto hace que todavía subsista la duda de si las estadísticas chinas son creíbles. ¿No podría suceder que los datos publicados fuesen falsificaciones desnudas o invenciones con propósitos de propaganda? ¿No será que los comunistas chinos llevan una doble contabilidad, la primera para su

planeación económica y administrativa, y la otra para consumo del público? Aunque no es posible descartar categóricamente esta posibilidad, no existen pruebas que apoyen esta hipótesis, y sí las hay en sentido contrario.²

Esto no quiere decir que deben tomarse a su valor nominal todas las estadísticas comunistas chinas publicadas. Las discrepancias, sin embargo, no parecen ser, por regla general, producto de una falsificación abierta, sino más bien de conceptos oscuros, vaguedad metodológica, imprecisión en el método y definiciones y alcance cambiantes. Los pecados estadísticos de los regímenes comunistas son más frecuentemente de omisión que de comisión. De allí que quieran ocultar o callar los logros menguados, los cambios desfavorables y los fracasos, mientras que las realizaciones pueden ser presentadas en un marco engañoso para crear la impresión más favorable posible. Dentro de esta situación, la tarea del investigador es sobreponerse al enredo de la simulación estadística y de la parcialidad metodológica. Una paciencia firme y capaz, una penosa investigación hecha con ingenio y destreza, le permitirán disecar el espejismo.

UNO DE LOS problemas que surgen al comparar datos rusos y chinos es que ya se cuenta con varios cálculos independientes, cuidadosamente compilados, acerca de la Unión Soviética; en cuanto a China, todavía debemos atenernos en gran medida a la información oficial. Debido a esto, el Cuadro I se basa en una comparación de las estadísticas oficiales, aun cuando para la Unión Soviética se usan también estimaciones independientes. Por regla general, los chinos siguen los procedimientos rusos, de modo que usan conceptos y métodos similares. Aun cuando los datos oficiales son más o menos comparables conceptualmente, métodos semejantes pueden dar grados diversos de parcialidad estadística en los dos casos. Por tanto, la información del Cuadro I sólo puede servir para ilustrar diferencias de sentido, y no mucho las precisas de grado, entre los dos países.

CUADRO I

Comparación de las variables económicas y de energía humana: China comunista, 1952 a 1957, y Unión Soviética, de 1928 a 1932

	CHINA		UNIÓN SOVIÉTICA	
	1952-56	1953-57	Índice oficial	Índice estimado
	1952 = 100	1953 = 100	1928 = 100	
Valor bruto de la producción industrial	217	175	234	172
Fuerza de trabajo industrial.	136		188	
Aumento de Población Urbana (porcentaje anual)..	5.5	5.5		6-7
Productividad Industrial				
Obrera	159		136	92
Producción Agrícola y Ganadera	117			77
Producción Agrícola solamente	118	117	104	92

FUENTES: Para la Unión Soviética: D. R. Hodgman: *Soviet Industrial Production*, 1928-1951; Naum Jasny: *The Socialized Agriculture of the USSR*; Naum Jasny: *The Soviet Economy During the Plan Era*; Frank Lorimer: *The Population of the Soviet Union*.

Para China: SSB "Communiqué on the Results of the First Five Year Plan", en HHPYK 8:50 (1959, 4); Data Office: "Population Statistics of Our Country", en TCKT, Núm. 11, 1957, p. 24; SSB "Annual Communiqués of Plan Fulfillment".

Teniendo a la vista esas reservas, los datos del Cuadro I indicarían un ritmo más lento de crecimiento industrial en China que en Rusia durante la época de sus respectivos planes quinquenales. La información, empero, da origen a varios problemas. Primero que nada, la diferencia entre el ritmo de crecimiento soviético y el chino es menor si comparamos el segundo con base en las cifras 1952-1956. Esto se debe a que en 1956 hubo un impulso rápido y desusado hacia la expansión industrial, que aflojó en 1957. Más importante todavía es que, aun si comparamos 1953-1957 con 1928-1932, dista mucho de ser

cierto que sería justificado concluir que el crecimiento industrial fue en realidad más rápido en la Unión Soviética. Con un alza de precios mucho más acelerada durante el primer plan quinquenal soviético, los métodos empleados para medir la producción industrial han podido traer consigo una tendencia alcista más pronunciada que en China, donde el nivel de precios subió con relativa lentitud. La comparación del ritmo de crecimiento de los principales productos industriales, expresado no en valor, sino en volumen físico, parece fundar aquella opinión. Esa información señala que en China hubo aumentos más rápidos en algunos productos, mientras que en otros, la Unión Soviética llevó la delantera. Como no es posible agregar esas tasas, que se basan en unidades físicas, la fuerte impresión que queda es que, de cualquier manera, el ritmo de crecimiento industrial del plan quinquenal chino superó al soviético.³ Existe un factor adicional que tiende a exagerar la tasa soviética en comparación con la china; los datos del Soviet se refieren solamente a la industria en gran escala, que creció más rápidamente, en tanto que las estadísticas chinas incluyen la industria en pequeño (la llamada de taller), aun cuando no las artesanías.

Uno de los hechos más interesantes y sorprendentes que revela el Cuadro I es la significativa lentitud con que la fuerza de trabajo ha aumentado en China. Allí, de manera burda, se alcanzó una expansión industrial semejante con adiciones más moderadas de contingentes obreros. Esto, por supuesto, no es sino un reflejo del aumento más marcado de la productividad obrera en China. Se llega definitivamente a esta conclusión no sólo midiendo la productividad con base en los valores brutos agregados que se dan en el Cuadro I, sino con datos de la producción física de algunas industrias individualmente consideradas.⁴ Aquí se presenta de nuevo, por razones en cierto modo semejantes al de la producción industrial, el caso de que es probable que los valores agregados calculados a precios constantes anteriores al plan quinquenal den una constante alcista más marcada en Rusia que en China. En realidad, Varga, uno de los más prominentes economistas soviéticos, calcula en sólo 16 % el coeficiente de aumento de la

productividad obrera entre 1928 y 1932, en tanto que la estimación de Hodgman apunta a una baja leve.

¿Qué puede explicar este camino diferente de la productividad obrera? Aun cuando han de considerarse, sin duda, varios factores complejos, tenía que producir ese resultado la combinación de una afluencia de nuevos trabajadores en la industria soviética y una baja de los salarios reales. Esa afluencia de trabajadores nuevos —en parte “atraídos” por la demanda de brazos en las ciudades, y en parte “rechazados” por la dislocación del campo que produjo la violenta colectivización— acabó por ser causa y efecto. Así, la baja misma, o el rezago en la productividad obrera, exigió un rápido aumento de la fuerza de trabajo industrial para llevar o mantener el ritmo de crecimiento manufacturero. A la vez, la afluencia continua de trabajadores no calificados del campo deprimió la productividad.

No quiero decir con esto que no hubo afluencia de trabajadores nuevos en la industria y las ciudades chinas, como lo comprueban plenamente los datos del Cuadro I y las repetidas exhortaciones de la prensa comunista china contra la “ciega migración hacia las ciudades”; pero la magnitud de esta migración parece haber sido más modesta que en la Unión Soviética.

Otro elemento importante en este síndrome es el curso de los salarios reales en los dos países. Aquí, las comparaciones se complican por el hecho de que: *a*) todos los cálculos acerca de la Unión Soviética se refieren más al período 1928 y 1937, que al de 1932; además *b*), en China sólo se cuenta con las cifras oficiales. Éstas demuestran que los salarios reales subieron en un 28 % entre 1952 y 1956 y en un 30 entre 1952 y 1957,⁵ en el caso de los trabajadores de sectores comprendidos en el plan del gobierno. En este terreno, tal vez más que en ningún otro, los datos oficiales pueden ser considerados particularmente poco dignos de crédito, puesto que se fundan en un índice oficial del costo de la vida, que sólo considera los cambios oficiales de los precios y no los del mercado libre. En el caso de China, empero, este peligro se modera en parte porque durante el primer plan quinquenal la inflación fue

más reprimida que abierta, de manera que el aumento de los precios de los artículos que representan el grueso de los gastos de la familia obrera ha sido bastante moderado. Por tanto, es probable que haya habido un aumento neto en los salarios reales de China, aunque no tan marcado como lo sugieren los datos oficiales.

La situación de la Unión Soviética fue muy diferente: basándose en un índice ponderado de acuerdo con el tipo de gastos de 1928, y multiplicado por 18 % en el caso de ponderaciones para 1937, se estima que los salarios reales bajaron de un 42 a un 43 % entre 1928 y 1937.⁶ En realidad, los salarios reales bajaron de una manera todavía más acentuada entre 1928 y 1932, y volvieron a recuperarse durante el segundo plan quinquenal.

Esta baja de los salarios reales se debió, ante todo, a la aguda escasez de alimentos en la Unión Soviética, originada por la disminución marcada de la producción agrícola, principalmente la ganadera. Según los cálculos de Jasny, esta última bajó un 45 %.⁷ En marcado contraste, todo el proceso de colectivización y transformación agraria en China parece haber marchado sin una reducción tan tajante de la producción del campo. No obstante que las estadísticas de producción agrícola son poco satisfactorias en China, sobre todo las anteriores a 1935, todos los indicios —cualitativos y cuantitativos— parecerían indicar un aumento lento de la producción agrícola. Sin embargo, los hay de que la colectivización pudo haber tenido un efecto adverso en la cantidad de cerdos: alcanzaron su cresta en 1954, y entonces declinaron un 12 % en 1955, con un 4 adicional en 1956, a pesar de la muy buena cosecha de 1955.⁸ Es digno de notar que éstos fueron los años cumbre de la colectivización, y que en 1957, cuando se consolidaban las nuevas formas de la organización agrícola, se recuperaron y aun se superaron las cifras de ganado porcino. Al mismo tiempo, no parece que hubiera una disminución correspondiente en la cifra de ganado de otras especies.

Estas diferencias en el patrón de la colectivización y la industrialización trajeron como necesario resultado un patrón

N, *Labor F*
CT, "Chang
TCKT 4:2
"Real We
omics and
146-147.
Socialized

uniques a
m of Agric
s of the W
e Populatic

demográfico diferente. En este terreno complica las comparaciones el hecho de que para toda la Unión Soviética no se disponen de datos sobre población urbana y rural, sino en los censos de 1926 y 1939. Por otro lado, aunque los chinos publican esa información anualmente, los datos son de exactitud dudosa. Teniendo en cuenta estas circunstancias, los datos a nuestra disposición sugieren proporciones de urbanización en la Unión Soviética durante el período 1926-1937 más rápidas que en China en el de 1928 a 1932. Comoquiera que la migración del campo a las ciudades fue más elevada de 1930 a 1932, y, particularmente, en 1931, el coeficiente del primer plan quinquenal fue, sin duda, aún más alto que el dado en el Cuadro I para 1926-39. Se calcula que, como resultado de esta gran migración, la población rural disminuyó un 5 % entre 1926 y 1939.⁹ Como la mitad del total neto de esa inmigración a las villas y ciudades desde 1926 a 1939 se concentró dentro del período del primer plan quinquenal, es posible suponer que ya en 1932 había una disminución absoluta de la población rural soviética. Por el contrario, en China la población rural aumentó de un 7 a un 8 % durante el período del primer plan. Esto significa que la presión de la población rural aumentó un tanto, de manera que, mientras en 1952 había 4.63 campesinos por hectárea cultivada, la cifra se elevó a 4.97 en 1957.

NOTAS:

1 "Dokland o Natural'nom Naloge 15 Marta" (Informe sobre el Impuesto en Especie, marzo 15, 1921). Sochieneniya, XXVI, 246.

2 A este respecto, las estadísticas comunistas chinas no difieren mucho de las soviéticas, de manera que muchas de las observaciones de los estudiosos de la economía soviética pueden aplicarse también a China. Véase, por ejemplo, "Appraisals of Russian Economic Statistics", por S. E. HARRIS, COLIN CLARK, A. GERSCHENKRON, P. A. BARAN, A. BERGSON y A. YUGOW, en *Review of Economics Statistics*, Vol. XXIX: 5, nov. 1947, pp. 213-246; también *Soviet National Income and Product in 1937*, por A. BERGSON, Nueva York: 1953, Núm. 10, pp. 7-9.

3 Para una comparación detallada del desarrollo industrial de China y la Unión Soviética, ver *Recent Economic Development in the CPR Viewed in the Perspective of Early Soviet Experience*, RM, por Richard MOORSTEEN.